

JUAN VIVE

Marino Millán Moscoso



Image not found.

Capítulo 1

JUAN VIVE

Fuimos tres inseparables amigos a pesar de no haber compartido infancia, ni adolescencia. Nos conocimos adultos, profesionales de Diseño Publicitario. Éramos contemporáneos, rondábamos los treinta años. Tal vez con diferencias de meses, alguno mayor o menor que otro.

Diego y yo estábamos casados, a diferencia de Juan, quien gozaba de la soltería y vivía solo en su departamento. Su nombre verdadero era Ramiro Morales y asumió el seudónimo de «Juan Vive» a raíz de una anécdota bien simpática.

Recién egresado se presentó a una afamada agencia de publicidad como aspirante a una vacante de su rol. El gerente a la vez era el propietario de la firma. Un viejo gruñón, de malas pulgas, de aquellos que como decíamos por aquel entonces, parecía que la mujer se le acostaba con traje de astronauta.

Al momento de la entrevista lo recibió con dos piedras en la mano dada su juventud.

—Aquí necesitamos gente con experiencia, no aprendices —dijo despectivo.

Juan era irascible y difícilmente le bajaba la cabeza a alguien, independiente de quien fuera el personaje.

—Entonces según usted los jóvenes no tenemos derecho a nada —contestó con tono golpeado.

No obstante, el viejo rezongando le permitió presentar la prueba que consistía en realizar un diseño bastante primario. Juan no tardó más de media hora en entregárselo en sus manos.

Mirándolo de reojo, el inameno gerente lo descalificó de plano.

¿Se da cuenta por qué detesto a los inexpertos? Esto es una basura de diseño, qué falta de ingenio y creatividad. Dedíquese mejor a otra cosa. La repostería, por ejemplo, le vendría bien —sentenció el patán.

Ofendido, ultrajado y salido de casillas, Juan le respondió lo justo.

—Pues métase su agencia por el culo, viejo hijo de la gran puta —y cerrando la puerta con violencia, desapareció energúmeno de su

presencia.

Pasado un tiempo nos conocimos los tres laborando para una misma agencia, Milenium Publicidad, perteneciente a un mexicano bonachón y generoso. Un caballero a carta cabal y brillante en el tema publicitario. Al yucateco le encantaba el licor, e hizo costumbre invitarnos los viernes al concluir la semana laboral a tomar cerveza a un bar cercano.

Cierta vez el jefe alteró el orden del día y no acudimos al bar. La jarana tuvo lugar en su oficina. De su natal le habían enviado tres litros de tequila, que consumimos con todo el rito azteca, es decir, con sal y limón; desde luego escuchando una selecta programación de rancheras y corridos mexicanos.

Como a eso de las dos de la madrugada nos despedimos bastante ebrios. Decidimos abordar taxis evitando cualquier percance o accidente. Juan nos sollicito a Diego y a mí, que le acompañáramos a realizar una pequeña diligencia. No hubo objeciones, en el estado en que nos encontrábamos todo se aprueba por unanimidad.

Surprise, cuando hizo detener al conductor frente a la agencia donde un par de años atrás fue rechazado y maltratado.

—Espérenme dos minutos que voy a pasar una factura —nos dijo al bajar del coche.

Diego y yo nos miramos ignorando lo que vendría a continuación.

De su maletín ejecutivo extrajo un aerosol rojo y escribió con letras grandes en las paredes y vidrios de la agencia: "Juan Vive". Su seudónimo.

Atónito al igual que Diego, opté por invitarlos a pasar un rato más en mi casa. De verdad, más con la intención de averiguarle el porqué de su actitud, que por el deseo de seguir libando.

—Descansé —nos dijo ya acomodados en la sala de mi vivienda.

—Bueno, ¿cuéntanos a qué obedeció ese arrebatamiento tuyo?
—preguntó Diego.

Juan sonrió con satisfacción, aquella que se siente ante el deber cumplido.

Cerveza en mano, Juan nos relató la amarga experiencia vivida con el "innombrable", como él, llamaba al déspota viejo de la agencia competidora. Siendo esa la razón por la que adoptó el seudónimo con que firmaba sus diseños: Juan, que representa al hombre raso y común del

pueblo y Vive, por ser una realidad como diseñador publicitario, lo que el sujeto puso en duda. La anécdota nos causó hilaridad y encontramos razonable su reacción.

Juan Vive, vestía muy bien. Su apariencia era formidable. Lucía barba y bigote bien delineados a manera de candado. Mantenía pendiente del cuidado de sus manos y uñas, y de una pulcritud a toda prueba. Justamente por eso nos extrañaba su condición de hombre soltero, ni siquiera tenía novia.

Las vacaciones en la agencia eran colectivas y en diciembre. A los tres nos cautivaba el deseo de conocer a Buenos Aires, Argentina. No solo por lo que representa como ciudad en Suramérica, sino porque sin mezquindad alguna, reconocíamos que allí estaban los mejores publicistas del mundo. Fue así como acompañados de nuestras esposas, partimos los cinco con destino a la capital porteña. Entre otras cosas, la esposa de Diego y la mía, adoraban a Juan, nuestro compañero de trabajo y querido amigo.

Al llegar al hotel nos registramos en la recepción donde nos fueron asignadas las respectivas habitaciones. Juan le pidió al botones que le subiera el equipaje a su cuarto y se despidió de nosotros.

—Regreso en un rato, voy a ver a un amigo —nos dijo, saliendo apurado.

Las dos parejas quedamos lelas, sin palabras.

A la mañana siguiente lo extrañamos en el desayuno. En el restaurante los cuatro mirábamos de un lado para otro en espera de su llegada. A las diez cerraron el servicio y tomamos un teléfono para que nos comunicaran con su habitación, pensamos que habría llegado tarde y que posiblemente dormía profundamente.

¡Mierda! Juan no contestó, insistimos y nada. Mi esposa insinuó que preguntáramos en recepción. Allí fuimos informados de que la llave de su habitación estaba en el casillero, y que el señor Morales no había pernoctado en el hotel. Nos miramos asombrados. La cosa estaba cabrona, pensamos.

Salimos a conocer, a pasear por la gran ciudad, innegablemente muy preocupados. Durante el recorrido llamamos muchas veces al hotel sin obtener razón de su paradero. Pensamos acudir a la policía, pero decidimos esperar hasta el día siguiente evitando caer en una falsa alarma, con la esperanza de que en cualquier momento se reportaría. Esa noche tampoco asomó.

A la mañana siguiente luego del desayuno y cuando salíamos hacia la comisaría a denunciar la misteriosa desaparición de nuestro amigo, nos encontramos con Juan. Estaba alegre, sonriente, amable, como si nada. Sinceramente nos volvió el alma al cuerpo.

Cambiamos de actitud, del estado de preocupación que nos embargaba, pasamos al enfado.

—Hermano, ¿cómo nos haces esto? —le reocriminé.

Soltó la carcajada. Con más pena una vaca cuando la ordeñan que él.

—Relájense, que estaba reencontrándome con un viejo amor —nos dijo con desparpajo.

Mentalmente para cada uno de nosotros el interrogante fue el mismo: "... ¿y el encuentro no era con un amigo?

En fin, calmados y reconciliados salimos a recorrer la hermosa zona de Palermo.

En la noche fuimos a ver el espectáculo músico-humorístico del grupo argentino, Les Luthiers, algo maravilloso con reconocimiento mundial. Cenamos en Puerto Madero y visitamos un boliche en calle Corrientes. Una especie de bar o discoteca.

Daniel, el más osado de los tres, no se aguantó las ganas de investigar a Juan sobre su desaparición.

—Juan discúlpame. Tú nos dijiste al llegar al hotel que ibas a visitar a un amigo, y hoy nos dices a tu llegada que te habías reencontrado con un viejo amor. No entendemos.

Juan sonrió y respondió sin titubeos.

¿Y dónde está el enredo? —contestó y preguntó con mirada pícara.

—No, ningún enredo. ¿Entonces era una amiga y no un amigo? —insistió Diego.

¿Y quien ha dicho que dos hombres no pueden amarse? —puntualizó Juan a su entrañable amigo.

Todos asentimos y al tiempo nos enteramos de que nuestro querido Juan Vive, era gay. Algo que desconocíamos y que jamás censuramos. Ni siquiera lo comentamos entre nosotros. Era tanta la amistad, el cariño y respeto que nos unía, que lo asumimos con absoluta normalidad y

madurez. Juan manejaba con asombrosa discreción su orientación sexual.

A mediados del año siguiente, Juan nos sorprendió en la agencia al presentar renuncia irrevocable a su cargo. Tanto que el jefe nos convocó a reunión a los tres.

Juan, ¿cómo que te vas? Me sorprendes de verdad —le dijo don Celso, el mexicano.

—Señor, no lo tome a mal. Simplemente he decidido vivir el “sueño americano”. Me voy a Nueva York a probar fortuna, ese es el país de las oportunidades. Soy solo y quiero arriesgar. Espero me comprenda. A usted, a ellos, mis amigos y a la agencia, les debo todo lo que soy.

Lo entendimos y organizamos en la casa del jefe una despedida a todo dar. Juan se lo merecía, era un gentleman. Lo extrañamos cada día desde su partida.

Esa noche, apartados de los invitados, me confesó que era padre de una niña, que había contraído matrimonio a los veintidós años con una novia que tuvo en su pueblo natal y, que lo había hecho porque en ese momento no estaba totalmente seguro de su sexualidad.

Que a los doce años era monaguillo de una parroquia y que el sacerdote lo había penetrado bajo su consentimiento, no menos de una docena de veces. Que le había agradado, pero que también se sentía enamorado de su noviecita.

A los tres meses de convivencia con la chica, me dijo que sintió repudio hacia ella cuando en las noches lo buscaba sexualmente y como la quería, le habló con la verdad. Le contó lo del cura del pueblo y le dijo que definitivamente su atracción era por los hombres y no por las mujeres. Ella aceptó con resignación la triste realidad y lo cubrió ante su familia aduciendo incompreensión.

Semanas después de la separación, ella le informó del embarazo, Juan me dijo que se alegró sobremanera y que asumió con todos los gastos y que, hasta el sol de hoy respondía por todo lo inherente a su hija, a quien amaba con todo su corazón. Le agradecí por la confianza y regresamos a la mesa de festejo.

Los dos primeros meses se comunicaba a menudo con nosotros. Nos participaba de sus actividades y nuevas relaciones de trabajo, luego hablábamos esporádicamente. Asumimos que había establecido otro círculo de amistades y que el desarrollo y ejecución de sus proyectos lo tenían muy ocupado.

Tres años después nos sorprendió con su inesperado regreso. Le dimos la bienvenida en mi casa. Nos anunció que se quedaría con nosotros, en su tierra, con su gente, y que se tomaría un par de meses de asueto para replantear algunos asuntos personales y hacerse nuevamente al ritmo de la ciudad.

Lo notamos muy delgado y creímos que seguramente seguía alguna dieta para mantener la forma. Diego y yo estábamos barrigones. La verdad que poco nos preocupaba la figura, Juan era diferente.

En la fiesta de cumpleaños de mi esposa, mientras nos platicaba de Nueva York y de toda la experiencia vivida en tierras norteamericanas, intempestivamente sufrió un vahído cayendo al piso. De inmediato lo trasladamos a la clínica más cercana. Allí lo compensaron, le realizaron los respectivos exámenes de laboratorio, lo medicaron y nos pidieron como acudientes que pasáramos en dos semanas por el resultado de un examen adicional que le habían realizado y que era muy importante.

Juan continuó muy decaído y de mal semblante, por lo que le propuse que se fuera para mi casa. Teníamos un cuarto de huéspedes que se ocupaba muy de vez en cuando por familiares de mi mujer que vivían en Bélgica. Juan aceptó y agradeció nuestra invitación.

Mi esposa se acompañó de la mujer de Diego y juntas fueron a reclamar ese último resultado de los exámenes realizados a Juan. La enfermera ante la solicitud, les dijo que aguardaran que solo el médico de turno podía hacerles la entrega.

Quince minutos más tarde, compareció ante ellas un médico internista de apellido Etayo, quien las hizo seguir hasta su consultorio.

—Señoras, ¿ustedes son familiares del paciente Ramiro Morales?

—No doctor, somos amigas, casi familia —dijo mi esposa.

El médico abrió con lentitud el sobre que contenía el esperado e ignorado resultado. Nosotros desconocíamos que tipo de examen le había sido realizado a Juan.

—Lamento informarles que su amigo es portador del virus HIV, o sea del sida.

Nuestras esposas estuvieron a punto de un colapso cardiovascular. Debieron ser estabilizadas mediante un medicamento suministrado por el mismo médico internista que les brindó la información.

Diego y yo fuimos por ellas al ser informados desde la clínica del

episodio emocional.

Lloramos los cuatro a escondidas de Juan, no sé cuantas veces. Era muy duro ver como desmejoraba todos los días. Acordamos que era nuestra obligación y deber informarle de su enfermedad, que él tenía que saberlo por nuestras bocas y no por otros. Éramos familia.

Ingresamos a su cuarto y con el alma hecha pedazos, se lo dijimos. Juan no respondió nada, solo un par de gruesas lágrimas descendieron lentamente por sus mejillas, creo que él lo presentía y se lo estaba guardando. Era un marica, pero un varón a la vez.

Los costos del inoficioso tratamiento corrieron por nuestra cuenta, es decir, por Diego, el jefe y yo. Don Celso, nuestro patrono, qué ser humano por Dios. Creo que ese gordo cuando muera saldrá directamente para el cielo. Qué persona más linda, lo juro por mis dos hijos y mi madre adorada.

Unas manchas oscuras conocidas como sarcoma de Kaposi, comenzaron a aparecer en los brazos, espalda y cuello de Juan. Pobrecito, cómo me dolía verlo en semejante estado de indefensión.

Estando solos me acerqué a él aguantando mis lágrimas y decidido le pregunté.

—Juancito, hermano mío. ¿Cómo adquiriste eso? ¿Acaso no te cuidabas?

Giró hacia mí su cabeza con mucha dificultad y me contó que en Nueva York y por insinuación de otros homosexuales, iba a un lugar clandestino donde los acostaban bocabajo sobre una especie de camilla, les daban a oler Popper, una droga que inhalada los transporta y los lleva a sentir sensaciones sexuales nunca imaginadas. El Popper es conocido como la droga del sexo.

Me dijo que en ese estado de inconciencia era penetrado por muchos hombres y que las sensaciones eran inenarrables. De ahí que nunca tuvo durante su permanencia en los Estados Unidos ninguna pareja estable. No cabían más explicaciones o información anexa, fue allí donde nuestro adorado Juan contrajo la maldita enfermedad.

Me suplicó que solo yo ingresara a su alcoba. Nadie más, ni siquiera mi esposa. Pedí licencia en la agencia, el yucateco me la concedió remunerada por tiempo indefinido. Qué calidad la del gordo. Dios le bendiga para siempre.

Lo bañaba y aseaba, pues perdió control en los esfínteres. Pesaba tan poquito que cuando lo soliviaba, me parecía estar cargando a mi hija de

tres años. Creo que en lo que me resta de vida, jamás sentiré tanto dolor.

Todos los días nos reuníamos los dos matrimonios y yo les rendía un informe minucioso y doloroso de todo lo acontecido. Para mí guardé y se irá conmigo a la tumba, la historia y lo del sitio donde contrajo el virus. Juan no me lo pidió, yo me lo impuse por respeto.

Afiebrado y en estado crítico, debimos trasladarlo a la clínica. En la sala de cuidados intensivos me balbuceó algo que no alcance a escuchar. Acerqué mi oído a su boca, su aliento era putrefacto y alcancé a percibir en su débil voz.

—Hermano, esto es muy hijueputa.

Acto seguido exhaló en mi presencia lo que creí, fue su último suspiro.

Cuando salí al pasillo de la clínica, me esperaban ansiosos: Diego, su esposa y la mía, quienes me preguntaron angustiados.

¿Cómo está? ¿Juan Vive?

Y les dije...

—No. Juan muere.

Juan o Ramiro, no importa. Mi amigo, mi hermano, mi colega, fue la primera persona que vi morir de sida. Ojalá jamás me toque ver a nadie más. Dios lo reciba en su reino y perdone sus pecados. Paz en su tumba.